



ENTREVISTA



# Julio Carabaña: La educación como inversión

*Pablo Francescutti, Alfonso G. Calero*

Julio Carabaña es uno de los pocos y serios sociólogos de la educación con que contamos en España. Conquense, de Fuente de Pedro Naharro, pueblo al que sigue vinculado, nació allí en 1948. Estudió Filosofía pura en Valencia y se especializó en Lógica. Pasó a estudiar en Colonia y Berlín y fue allí donde se decantó hacia el campo de la sociología. En 1974 entra a formar parte del Instituto de Ciencias e Investigaciones de la Educación (INCIE), dependiente del Ministerio. En 1982 el ministro Maravall le llama como asesor y allí se ocupa, entre otras cuestiones, de impulsar la política de becas. Asimismo forma parte de la Comisión mixta que pone en marcha la Universidad de Castilla-La Mancha. Entre 1983 y 1986 fue director del Centro de Investigaciones de Educación (CIDE), organismo que sustituye al antiguo INCIE. Actualmente trabaja como profesor investigador en el Centro de Estudios Sociales Avanzados del CSIC.

*P.—Cuéntanos acerca de tu participación en el rediseño del sistema de becas que se realizó desde el Ministerio de Educación cuando Maravall se hizo cargo del mismo.*

R.—Cuando el PSOE ganó las elecciones la situación de las becas era preocupante: su presupuesto llevaba congelado bastante tiempo y había que decidir si se descentralizaba el sistema o si continuaba en la Administración central. Se acordó que los criterios fueran los mismos para toda España, evitando que el principio de un sistema de becas —la igualación de oportunidades—

podiera verse afectado de existir criterios distintos entre las Comunidades. Luego, la tarea consistía en aumentar la cantidad de dinero que se daba, que era poca; en estudiar cómo se repartían las becas; y tercero, en ver cómo incidían en el presupuesto familiar y en que los beneficiarios estudiaran. Aumentado el dinero, hubo que determinar si los criterios eran discriminatorios o no. Estos eran de dos tipos: los económicos, que son discriminatorios en tanto resulta difícil comparar la renta de familias en distintas situaciones. Había un importante problema de fraude, que sigue costando detectar, por cuanto los que trabajan por cuenta propia tienen más posibilidades de ocultar sus rentas que los que trabajan por cuenta ajena; los más sospechosos de fraude son los pequeños campesinos, aunque tienen desventajas que tampoco se miden, con lo cual una cosa compensaría la otra. El segundo criterio eran las notas, cuestión más ideológica pues basta comparar las notas de escuelas de magisterio con las de las escuelas de ingenieros para que salte una grandísima diferencia, ya que los ingenieros suspenden sistemáticamente en muchas asignaturas, mientras que los de magisterio aprueban casi todos. El problema se resolvió dando más facilidades a los de ingeniería. Pero lo más difícil era el tercer punto: averiguar cómo inciden las becas en que la gente estudie o no. Tú no das una beca para que la gente estudie; das una beca a quienes su presupuesto familiar es insuficiente para intentar estudiar. Las becas aumentan ese presupuesto como un ingreso más para que gasten en lo que quieran a

condición de que el hijo estudie y saque determinadas notas. El problema se da cuando, por ejemplo, el alumno llega a tercer año con becas, saca malas notas y las pierde. ¿Qué sucede? La familia tiene ahora 300.000 pesetas menos, pero normalmente hace el esfuerzo para que el hijo siga estudiando porque ya tiene bastante invertido en sus estudios. De aquí algunos sacan la errónea conclusión de que la beca no influye mucho. Yo creo que aunque su efecto sea difícil de medir, es evidente que iguala las oportunidades de la gente.

Que iguala las oportunidades es un punto que hay que destacar, porque entre los profesores y la opinión pública se difundió la idea de que el principal determinante de la desigualdad era el nivel educativo de los padres. Se trata de una idea que se puso de moda en Francia y EE. UU. con fundamento real, pues en esos países la igualdad entre las familias es mayor que aquí. Bien es cierto que en un momento el determinante principal para que la gente siga estudiando es la motivación y el capital cultural de los padres. Pero en países más pobres, como España, lo determinante sigue siendo el dinero. Por eso el objetivo que debe perseguir el sistema de becas en un país con desigualdades económicas es llegar a ese estadio en el cual el determinante sea la cultura. Elimina primero las desigualdades económicas y luego te quedarán las culturales, que son más difíciles de eliminar probablemente porque son mucho menores. Una prueba muy clara de ello es la diferencia que hay entre los alumnos que terminan EGB tanto por el nivel cultural como por el nivel económico de los padres. Aquellos cuyos padres tienen estudios superiores sacan sistemáticamente mejores notas que los demás. Luego, sin embargo, la opción bachiller y FP, y lo que es peor todavía, entre bachiller, FP y nada, que es una alternativa que sigue la décima parte de la gente después de la EGB, es mucho mayor que la que uno podría esperar a partir de las diferencias de notas. Luego no son las notas el principal determinante en el paso a la enseñanza media sino la desigualdad económica. Una vez que la gente ha pasado la enseñanza media, la desigualdad económica es la única determinante. El filtro cultural se produce en el paso al bachillerato. Después la gente que estudia saca las mismas notas, independientemente de cual sea el nivel cultural y económico del padre. Si tienen dinero continúan, si son pobres hacen una carrera de tres años. A nivel general sí puede decirse que cuanto más dinero dediques y mejor lo repartas más aumentas la igualdad ante la educación, excepto los fraudes que tengas.

*P.—¿Salva el sistema de becas las diferencias entre lo rural y lo urbano?*

*R.—No las salva completamente. Esa diferencia era una prioridad antes de que llegara el gobierno socialista y*

continuó siéndolo. Se manifestaba en la importancia del componente por desplazamiento, es decir que mientras la beca de la gente que vivía en un lugar con universidad o bachillerato cubría únicamente los costos de material, se hizo un baremo bastante detallado para cubrir la distancia de la gente que vivía en otra parte. Existía un problema con el cálculo económico de la diferencia entre lo que costaría mantener a un hijo en el hogar y lo que cuesta en el lugar de estudios, alternativa que las familias viven como un coste nuevo, porque piensan que si lo tienen en casa come de la olla, y si lo desplazan fuera sí que cuesta dinero. Eso se tenía en cuenta en lo que se llamó la beca compensatoria o beca salario, que consistía en pagar a aquellos con niveles de renta muy bajos una cantidad que tenía que ser equivalente al salario que ganaría el estudiante si trabajara, que se suponía era un ingreso necesario para la familia. De hecho la cosa quedó algo raquítica. Siempre el sistema adolece de que es más arriesgado dar mucho dinero a poca gente que dar menos dinero a más gente, porque cometes más injusticias cuando te equivocas, riesgo que se minimizaba ampliando la cobertura. Desde luego que para la igualación de oportunidades en el ambiente rural es crucial la ubicación de los centros educativos. Abrir un centro en un pueblo ahorra dinero en becas, abarata todo los costes automáticamente y posibilita la promoción educativa de la gente de los alrededores mucho más que con la concesión de muchas becas aisladas para que se desplacen.

*P.—De aquí pasamos al tema de la Universidad de Castilla La Mancha, en cuya puesta en marcha tuviste que ver como negociador del Ministerio de Educación...*

*R.—Por mi parte sería imprudente dar una valoración de su marcha actual, aunque mi impresión general es que funciona bien. Soy partidario de la descentralización, pero no desde el punto de vista de los académicos, sobre todo de los muy motivados por la excelencia y la investigación, que ven en la Universidad un lugar donde se investiga, y que, consecuentemente, son partidarios de la concentración de recursos y medios de comunicación y les encanta Harvard y algunos lugares de París. Pero esas ventajas de la concentración deben balancearse con las que tienen para la gente la descentralización. En este caso, la universidad puede perder algo en calidad, aunque lo dudo, pero gana en accesibilidad, en sentido social, en interacción con el entorno, responsabilizando más a los profesores. Me he sentido atraído por ese modelo de universidad en un lugar que no sea una gran ciudad, donde tu construyes un campus y habitaciones para los alumnos y tienes una comunidad universitaria cerrada. Eso tiene ventajas, los alumnos son muy felices allí, pero perjudica gravemente las relaciones de la universidad con el entorno. Prefiero una universidad algo peor en términos de calidad*

y con más gente que pueda beneficiarse de ella a una universidad de mucha calidad y renombre en el extranjero pero que atienda peor las demandas de su medio.

*P.—¿Qué sentido tiene seguir creando universidades para responder a la demanda de la gente de cada región cuando las perspectivas indican que se convertirán en fábricas de parados?*

R.—Creo que la universidad debe responder a las demandas de la gente y ese debe ser el principal criterio para la planificación y la política universitaria. Eso no quita que los gobernantes no tengan en cuenta criterios tales como las consecuencias que pueda tener cual o tal política de cara al mercado de trabajo, pero lo más importante es que la universidad satisfaga las demandas de formación de la gente. Parece irracional esta postura y en parte puede que lo sea pues las demandas individuales pueden ser muy racionales pero las demandas agregadas de la gente pueden ser muy irracionales, dando lugar a un fenómeno cada vez más frecuente, como por ejemplo, los cientos y miles de periodistas que han adquirido unas cualificaciones que no van a emplear porque no se necesitan tantos periodistas. Esas irracionalidades deben minimizarse sin atentar contra la libertad de la gente a elegir sus estudios. ¿A qué coste? Ahí sí que el Estado debe planificar un sistema de tasas que sea disuasorio de los peores usos que de la universidad puede hacer la gente. Al pasar del segundo año, la gente que suspende debería pagar el coste de sus estudios, no deberíamos seguir subvencionándoles el coste de sus estudios. Y debería haber una matrícula que cubriera el 20% o 30% del coste de los estudios, con becas para quienes no puedan pagárselo, pero ese coste garantiza que los ciudadanos hacen buen uso de los recursos públicos: Ud. se paga sus estudios a medias con el Estado. Un ejemplo de mi postura es el actual sistema de acceso a la universidad, que como se sabe jearquiza las facultades por las notas de los alumnos, y ha degenerado en algo verdaderamente siniestro: los alumnos saben ya qué nota se necesita para ir a cada facultad y desde el principio, desde el bachillerato los que son previsores saben que si no sacan 6,5 ó 7 no van a poder ser médicos, a no ser que hagan selectividad otra vez. Eso me parece una abominación porque es absolutamente injusto y absurdo que se decida el destino profesional de alguien por unas décimas de nota. Por una décima no vas a periodismo, que la has pedido a la primera, te vas a la séptima opción que es pedagogía. El Estado tiene la obligación de convencer a la Universidad y hacer que ajuste la oferta de plazas a la demanda de la gente, sea lo irracional que sea, pónganse todas las limitaciones que sean necesarias en las facultades experimentales o difíciles como medicina. Se debería volver al sistema antiguo: usted ingresa a la universidad y

nosotros nos comprometemos a ajustar la oferta a la demanda, con un año o dos de retraso, es preciso poner *númerus clausus*, pero al año siguiente ampliamos la oferta de la que ha habido más demanda en los años anteriores. Ahora la oferta la determinan los intereses de la universidad y la demanda se tiene que ajustar a ella pase lo que pase.

*P.—¿No eres en absoluto partidario de ajustar la oferta educativa a las demandas futuras de la sociedad? Si no que sea el mercado el que produzca luego el ajuste, y no la universidad.*

R.—En efecto. Sin menoscabar lo que yo considero un derecho individual y que hay un riesgo individual para el estudiante, si tienes éxito o fracasas. Hay políticas que pueden frenar y tender a la planificación; una muy simple es que los profesores universitarios sean responsables y se enfrenten a la impopularidad que supone suspender a los alumnos que han elegido una carrera para la que no estaban preparados: Mire usted, usted va mal aquí. Pero no se lo voy a decir al principio mediante la selectividad, sino que se lo voy a decir a lo largo de la carrera. Eso nos cuesta dinero, ya lo sé, pero así tiene oportunidades el alumno de mejorar, de adaptarse, de cambiar de ideas y le estoy demostrando en la práctica, por la propia experiencia que en ingeniería va a pasar cinco años hasta aprobar Dibujo. Eso es impopular por parte de la universidad y costoso para los profesores, que preferimos naturalmente que nos vengán ya los alumnos seleccionados y no tomarnos el trabajo de explicar a alumnos que son peores que otros y suspenderlos que, salvo a algunos sádicos, a nadie le gusta. Todo el mundo prefiere aprobar a la mayor parte, sobre todo después que se ha extendido la idea de que el profesor que suspende el malo es él, los profesores que suspenden ganan fama de malos profesores. La universidad tiene muchos mecanismos para regular la demanda de la gente, incluyendo la información sobre las salidas laborales de las carreras. ¿Por qué pienso que no se debe planificar en general? Primero, porque no se debe. Y segundo, porque no se puede, todavía no hay ningún sistema que sea capaz de anticipar las demandas y necesidades sociales y a lo único que ello conduce es que de pronto hay mucha abundancia y en otras ocasiones gran escasez. Otro argumento es que la experiencia demuestra que incluso los licenciados más especializados resultan ser polivalentes. Hay ingenieros de caminos que calculan estructuras para los arquitectos, los licenciados en física pueden ser excelentes periodistas, los sociólogos hacen cosas de educación y etcétera. La tercera razón es que los estudios universitarios son de hecho cada vez menos profesionales, en el sentido que lo son la abogacía o la medicina. Lo que están creciendo son los equivalentes a los *college* en EE. UU., que son facultades de formación

semi-profesional o no profesional en absoluto. Las facultades de ciencias no son profesionales, los que estudian allí matemáticas, física, química, biología tienen ocupaciones profesionales muy variadas, siendo la principal la enseñanza, lo que te dan es una formación general para desempeñar trabajos relacionados con la ciencia y la tecnología, informática. ¿Para qué se puede utilizar la formación general? Para casi todo; para trabajar en la sociedad de los servicios, donde la gente demuestra que es muy polivalente y que su formación, por especializada que esté, se pueda transferir a otros campos distintos. Dicho esto veo que las familias están ahorrando, haciendo grandes esfuerzos en los estudios de los hijos. Es evidente que tenemos una tasa de paro muy elevada. Para trabajar se necesitan dos cosas: cualificaciones profesionales, en primer lugar, y bienes físicos, en segundo lugar. Mi impresión es que hay un déficit relativo al ahorro que se destina a la inversión en capital físico. Hay gente que termina una carrera a los 25 años y no encuentra un socio que no ha estudiado pero que ha estado ahorrando y con el que pueda poner un negocio. El problema es que no tiene un duro para ponerse un despacho, comprarse una máquina, en fin, para lo que se dice la creación de empleo. La creación de empleo no es responsabilidad sólo de los empresarios, que, como cualquiera son voluntarios y tenemos todos tanta libertad para ser empresarios como los empresarios para dejar de serlo.

P.—¿Y por donde rompemos ese círculo vicioso?

R.—No sé donde sacar ese dinero si no hay capacidad de ahorro. Es evidente que estamos importando dinero y que las inversiones extranjeras nos han dado bastante trabajo, y cuando las multinacionales se van son muy malas y no miran por nosotros, sino por la sociedad de donde provienen. Hay claramente un desequilibrio allí que no tengo idea ni sugerencias de cómo corregirlo. También es cierto que aquí los empresarios ganan dinero. Ciertamente es que muchas veces es un trabajo ingrato el establecerse por su cuenta, llevar las letras, pagar los alquileres, pero la mayor parte de nosotros prefiere que alguien le dé trabajo y que se ocupe de esas sucias tareas y luego hablarle mal porque es el empresario y el explotador. Es un trabajo desagradable pero deberíamos empezar a hacerlo más. Me imagino que hay mecanismos de mercado que lo corrigen, una tasa de paro a partir de la cual la gente comienza a trabajar por su cuenta como sea, pero no es la situación óptima, hay un claro desequilibrio en formación humana. Por otra parte, la formación humana da más ideas. Si los parados son ingenieros, es evidente que se les ocurrirán más ideas para montar empresas que si son analfabetos. No encuentro ninguna manera de hacer que la gente invierta menos en formación y más en empresas, en bienes físicos.

P.—¿Qué pasa con el malestar estudiantil?

R.—Mi interpretación es que hay una correspondencia entre el aumento del número de estudiantes y la generalización de la condición de estudiante y el sentido y las repercusiones sociales de los movimientos estudiantiles. Durante la dictadura de Primo de Rivera, el movimiento estudiantil era un movimiento político de primera importancia, capaz de casi acabar con el régimen y asustar al dictador. ¿Por qué? Porque en la universidad se concentraba la *intelligentsia*, la elite política y también los hijos de la clase dominante, más dispuestos a salir a la calle y a arriesgarse que sus padres. En la dictadura franquista, la agitación de 1956 muestra cómo unos ligeros movimientos en la universidad bastaron para poner sobre ascuas al régimen entero. Leyendo las memorias de Franco Salgado Araujo me ha sorprendido saber lo preocupado que estaba el dictador por el hecho de que los estudiantes, a quienes había mimado mucho, cuya fidelidad ideológica era fundamental para la supervivencia del régimen, no podía comprender que se sublevaran. Los movimientos de 1968 fueron distintos según los países. En EEUU fueron un movimiento social que expresaban un malestar de la sociedad, agravado por la guerra de Vietnam, la desigualdad, el liberalismo, etc, pero no era político, cuyo resultado fuera inaugurar un estilo de vida. En Francia estuvo a punto de ser político, y en España fue profundamente político: era un movimiento contra la dictadura. Ahora estamos en una situación más parecida a la de EEUU: una gran proporción de la gente joven va a la universidad, una institución donde regularmente va la gente, y entonces no hay esa posibilidad de movimientos estudiantiles políticos sistemáticos graves pero sí de malestar estudiantil difuso que cristaliza en protestas, huelgas, del mismo modo y cariz que pueden tomar las huelgas de los mineros, de los metalúrgicos, de los funcionarios o de los pensionistas, aunque más animados naturalmente, tienen un ciclo más corto, son más peligrosas en el sentido de que son más difíciles de controlar, porque los estudiantes tienen más tendencia al riesgo personal. ¿Posibilidades de que existan? Muy numerosas, en tanto los estudiantes están en situaciones de gran precariedad e incertidumbre, a la que se suman la crisis de la adolescencia, de la juventud, y la incertidumbre del mercado de trabajo, por un lado; por el otro, por hacer estudios de un dudoso valor económico están sometidos a una gran presión. Por otra parte los dos movimientos se contrarrestan, los estudiantes sometidos a gran competitividad, a gran presión por estar entre los primeros porque saben que sólo los primeros van a tener un puesto en su profesión, eso hace que se olviden de movimientos colectivos y no inviertan mucho tiempo en protestas políticas. Por otra parte, el malestar difuso es siempre caldo de cultivo para las organizaciones que quieren

conducir o reconducir protestas de cualquier tipo. Pienso que la situación es de sano equilibrio: el malestar existe y cuando se agudiza hay organizaciones dispuestas a capitalizarlo, ponerlo de manifiesto y por lo tanto proponer soluciones políticas. No veo que haya posibilidades de que el movimiento explote sin que nadie se lo espere, y habrá muchas protestas puntuales que se referirán a problemas concretos que se negociarán políticamente del tipo de la organización interna de la universidad. Hay un hecho: los estudiantes no participan sistemáticamente en las instituciones educativas, y tienen buenas razones para hacerlo: el beneficio que sacan de hacerlo es pequeño en comparación con el esfuerzo. Hasta que no se produzca una concentración suficiente de asuntos que merezca la pena y haya una organización que movilice fuerzas y se negocien y solucionen varios asuntos al mismo tiempo, esa es mi interpretación, que es bastante racional desde el punto de vista de la movilización de los alumnos.

*P.—¿Qué estás investigando ahora?*

R.—Estudio las relaciones entre educación y estructura de clases, y el cambio de las estructuras de clase en el tiempo, el mismo tema que he estado investigando durante muchos años, que es educación y movilidad social. Es un tema muy técnico, muy poco apasionante y muy poco actual. Las clases sociales deben ser uno de los temas menos actuales que existen, de lo cual me alegro mucho pues quiere decir que la desigualdad disminuye o que la desigualdad de clase no es tan importante en la vida de la gente, pese a que yo estudio el tema porque pienso que es importante. Creo que la clase determina que la gente se organiza en sus modos de vida, maneras de pensar y sentir, en clases todavía. Es muy distinto este concepto de clases del enfoque que se seguía hace 100 o 50 años, porque el conflicto de clases era tal y tan constante que podía dar lugar a una revolución. No quiero decir que los conflictos de clase hayan desaparecido, pero más bien son un aspecto más de los diversos modos de vida de las clases. Los conflictos de clase no son la fuerza dominante en las sociedades industriales. No digo los intereses de clases, pero de aquí puedo distinguir muchísimas clases con intereses distintos, como por ejemplo, respecto a las pensiones: clases que pagan, clases que cobran del sistema de pensiones, un interés básico respecto al cual giran las políticas. Esos conflictos son distinto de los englobados tradicionalmente como «la lucha de clases». Felizmente parece que hemos sido capaces, gracias al crecimiento económico, de dejarlo atrás. Mi tema de hoy tiene que ver



M. Salas Capapey

con la desigualdad de oportunidades frente a la educación, cómo se puede modificar mediante determinadas políticas y después de valorar eso, ver cómo incide eso en la igualdad de las oportunidades ante las posiciones sociales en el aumento de nivel de vida, ingresos, bienestar. El estudio se centra en España en comparación con otros países, técnicamente es bastante difícil porque las políticas pueden ser muy fuertes, pero hay pérdida de energía, cuando logras más igualdad educativa, la influencia de eso sobre las posiciones sociales se difumina, de modo que la relación entre una política educativa determinada y la igualdad de los ingresos de la gente dentro de veinte o treinta años es como el Guadiana, lo hiciste acá, luego se difuminó por debajo de tierra y luego viene alguien que dice que esto que sale por aquí hay alguna influencia de lo que hicimos antes, pero eso es muy difícil de determinar. Es un tema de estudio apasionante, por las cosas sorprendentes que se encuentran. Por ejemplo, en el campo de la movilidad social, en el sentido de cuánto la gente cambia, en Norteamérica y Europa son bastante parecidas, cuando uno esperaría que en Norteamérica fuera más alto, y estamos mirando porqué es eso, cómo se explica, si los números están bien. □